

que habría obligado a los Aliados a ocupar Irán en 1941. Unas líneas más abajo se dice que la Anglo Iranian Oil Co (AIOC) operaba hacía 29 años en el año 51. En realidad la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos se aprovecharon de la tolerancia que el Cha había mostradò frente a la profusa difusión de sus ideales políticos que desde hacía algún tiempo venían haciendo los alemanes en Irán, para solicitarle que abdicara y para ocupar un terreno que, aparte de su importancia estratégica (frontera con la Unión Soviética y con Turquía, salida al mar), nunca había sido abandonado por los británicos (y por los rusos hasta la Revolución del 17) desde principios de siglo. Jamás se concertó una alianza formal entre Irán y Alemania. Al comenzar la segunda guerra, al igual que al comenzar la primera, Irán declaró oficialmente su neutralidad. En cuanto a la AIOC, fue fundada en 1909, sólo cuando una compañía anterior descubrió el primer manto de petróleo en lo que hoy se llama Mas'ûid Sulayman (asunto que ocurrió en 1905). Así que para 1951, año de la nacionalización del petróleo (que terminó en 1953, con el golpe de Estado al Primer Ministro Mossadeg), la AIOC venía funcionando hacía ya 42 años. Antes de terminar queda por señalar un error más en la misma leyenda sobre Irán: la Constitución, en la cual se amparó el *maylis* el año 51 para declarar la nacionalización total del petróleo iraní, no fue redactada en 1949 sino tan temprano como 1906, como culminación de las más importantes movilizaciones de masas en Irán antes de las del período 51-53 y de las que culminaron con la llamada al *referendum* el 30 de marzo del año en curso y la declaración, el día 1º de abril, de la República Islámica (y no el día 11 de febrero, como anota la Guía).

GIOCONDA ESPINOSA  
El Colegio de México

Paul Akamatsu: *Meiji: 1868. Revolución y contrarrevolución en Japón*. S. XXI editores, Madrid, 1977. (Traducción del francés por Gabriel Saad.)

El tema de la Innovación Meiji de 1868 es uno de los más estudiados tanto dentro como fuera del Japón. La visión que un historiador posea acerca de este acontecimiento modelará su imagen del Japón moderno y aun actual. Por lo tanto no es nada extraño que, en Japón, aparezca una y otra interpretación de la Innovación Meiji en cada momento crítico de su historia. En la década de 1930, por ejemplo, mientras los radicales dere-

chistas llamaban a una nueva Innovación, los intelectuales de izquierda discutían acerca de la naturaleza "revolucionaria" de la Innovación Meiji. Si fue una revolución burguesa, como opinaba la agrupación Obrero-campesina *Rōno-ha*, el sistema imperial japonés era una variación de la monarquía burguesa y la lucha principal contra el régimen había de dirigirse contra la clase capitalista. Si fue una consolidación del absolutismo, o sea, monarquía feudal en la etapa de transición al capitalismo, como sostenía la agrupación Monografías, *Kōza-ha*, la tarea principal de los revolucionarios era destruir el sistema imperial japonés para llegar a una democracia burguesa.

Una aportación única en este debate la hizo Hattori Shisō quien, en 1933, destacando la analogía con el proceso revolucionario en Francia de 1789 a 1799, señaló las etapas ascendente y descendente en la Innovación Meiji y vio en la fuerza anti-*shogūn* una alianza de diferentes clases y fracciones de clase cuyos intereses chocaron entre sí posteriormente, produciendo una reacción contrarrevolucionaria de parte de los dirigentes de la Innovación. ("Revolución y contrarrevolución en la Innovación Meiji." En *Hattori Shisō chosaku-shū*, vol. 1, Tokio, Riron-sha, 1967, p. 9-90.)

Más tarde, alrededor de 1950, bajo la ocupación norteamericana que siguió a la derrota del Japón en la segunda guerra mundial, surgieron nuevas interpretaciones de la Innovación Meiji: unas que enfatizaron el factor externo y la iniciativa desde arriba y otras que dieron mayor importancia al factor interno y a la crisis que había madurado a causa de la contradicción propia del régimen del *shogunato* y de la protesta popular.

Fue del Japón, el primer trabajo importante sobre el tema fue escrito, en 1939, por E. H. Norman (1909-1957), distinguido historiador canadiense. Para Norman, el estudio de la Innovación Meiji estuvo relacionado con su búsqueda de la raíz del fascismo japonés y del fundamento para la reconstrucción de un Japón democrático.

A partir de 1960, el año crítico para la estabilización del régimen conservador en Japón, los historiadores occidentales, principalmente norteamericanos e ingleses, comenzaron a aportar una serie de estudios sobre la Innovación Meiji, destacando la habilidad y el sentido de responsabilidad que tenían los dirigentes de la Innovación. Enfatizaron la continuidad y el gradualismo en los cambios; los éxitos en responder al desafío de la civilización occidental, etc., o sea, estos conocedores del Japón proponían al Japón como el modelo para los nuevos estados independientes que buscaban una solución para su atraso económico y social.

La celebración oficial del centenario en 1968 adoptó esta visión y tuvo un tono triunfante en el contexto del "rápido crecimiento". Mientras tanto, los historiadores críticos destacaron, por una parte, la participación popular en el cambio del régimen, y por la otra, la defraudación por el gobierno de Meiji a la expectativa popular.

*Meiji: 1868. Revolución y contrarrevolución en Japón*, de Paul Akamatsu, fue escrito originalmente en francés y publicado en 1968. Es uno de los primeros estudios comprensivos del tema en francés, y también lo es en español. Siguiendo la tradición de historiadores japoneses, se ha dado una mayor atención al origen y las causas de la Innovación Meiji.

Una amplia introducción de 52 páginas proporciona las informaciones fundamentales necesarias acerca del régimen del *shogunato*. La primera parte que se titula "El ocaso del poder shogunal" (61-184) trata: la crisis del *shogunato*, visible en las frecuentes hambrunas e intentos fallidos de reforma; las relaciones exteriores con los países occidentales que aceleran la crisis; las diversas tentativas de repuestas a la crisis en las diferentes esferas políticas.

En la segunda parte, "El cambio de régimen", el autor examina la caída del *shogunato* y el establecimiento del nuevo gobierno y las medidas tomadas inmediatamente después del cambio de régimen. En la tercera sección de esta parte, trata de señalar los cambios de fondo que ocurrieron debajo de la transformación política que salta a la vista.

En la conclusión, dice: "El cambio de régimen de Meiji fue una revolución política: ésta permitió, a largo plazo, la realización de la revolución económica y de una revolución social" (285). Sin embargo, el proceso fue complejo y había constituido "una sucesión de revoluciones y contrarrevoluciones limitadas" (284). Las innovaciones se hicieron en nombre del pasado. Y "cuando fue cuestión de mantener la jerarquía entre nobles y plebeyos, el revolucionario se hizo contrarrevolucionario" (284). A la vez que caracteriza a grandes rasgos a la Innovación Meiji como una revolución, el autor anota la continuidad de la evolución económica (279) y la persistencia de las mismas metas del gobierno del *shogunato* durante el gobierno monárquico de Meiji: la unificación y la modernización (282).

Es irónico encontrar este volumen de Akamatsu dentro de la serie "Historia de los movimientos sociales" junto con obras que tratan revueltas populares en Europa y otras partes del mundo, ya que, según el autor,

lo que resulta sorprendente tanto en la evolución política como en la evolución económica del Japón de fines del período Takugawa hasta comienzos de Meji, es la ausencia del pueblo en los grandes acontecimientos. En ningún momento aparece como un personaje, como un elemento menor (269).

Los levantamientos campesinos, según él, no mostraron "el deseo de gobernarse por sí mismos"; "el derecho al voto fue otorgado por iniciativa de los *ex-bushi*". Tampoco protestaron por la ejecución de los agitadores guerreros quienes, después de cumplir su misión de levantar al pueblo en el territorio bajo dominio directo del *shogun* para el Ejército Imperial de Tōsando, fueron sacrificados por órdenes del Comando superior del mismo Ejército. "Las masas aparecen exclusivamente como víctimas" (270).

Considero que el autor exagera grotescamente la ausencia de participación popular en el cambio del régimen, por una parte, y la inteligencia e intencionalidad de los dirigentes revolucionarios provenientes del estrato del guerrero de bajo rango. ¿Por qué, entonces, ocurrió la conversión del revolucionario en contrarrevolucionario? ¿No fueron las voces de protesta y la presión popular percibidas por los "revolucionarios" las que los convirtieron en contrarrevolucionarios para defender así su nuevo estatus? Tal vez, la consolidación de la "contrarrevolución" se podría interpretar como el predominio de uno de los "proyectos" potenciales del curso de la historia moderna de Japón por encima de los demás. Entre los "proyectos" rechazados se puede encontrar también "proyectos" populares, aunque sean poco maduros, como en el caso del proyecto de estado comunidad del autogobierno de la Isla de Oki, 1869. Además, la ausencia de una clara formulación del "deseo de gobernarse por sí mismos" caracteriza no sólo al pueblo japonés de ese entonces sino a casi todos los movimientos campesinos del mundo. La situación cambia únicamente después del establecimiento de la alianza obrero-campesina en el siglo veinte (E. Wolf. *Guerras campesinas en el siglo XX*). Por lo tanto, el hecho de que el pueblo como tal no pretendió llegar al poder no niega necesariamente su rol como uno de los motores de la historia.

El complejo proceso histórico junto con abundantes informaciones están expuestos en un lenguaje llano sin caer en errores de simplificación. En esto, la cuidadosa traducción de Gabriel Saad ha contribuido. Los mapas llevan sólo las informaciones necesarias, sin estar demasiado cargados de signos e indicaciones. Es un buen texto de introducción al tema para estudiantes e investigadores hispanohablantes. No obstante, para que sea más útil aún para los lectores hispanohablantes, hace falta agregar una biblio-

grafía en español e inglés, aparte de una breve nota bibliográfica basada en obras en francés y japonés. El diseño de la portada es estéticamente bien logrado. Sin embargo, enfatiza, quizá más de la cuenta, la imagen de la Innovación Meiji como una renovación monárquica sin participación popular: una imagen intencionalmente fijada por los ideólogos posteriores del estado monárquico moderno.

MICHIKO TANAKA  
*El Colegio de México*